

Revalorizar la vida humana

JUANA GALLEGO

**PROFESORA DE PERIODISMO DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA**

Si tuviera que condensar en una sola frase cuál considero que debería ser la ideología fundamental para el futuro, no dudaría en utilizar la sencilla y escueta frase que encabeza este texto. Y se me dirá, pero qué simplificación tan estúpida. Con lo complejo que es el mundo, con lo difícil que es comprender los procesos sociales, con lo insondable que es la naturaleza humana.

Otros dirán, pero eso no es una ideología, es una tautología, o más aún, es una memez, ¿es que acaso la vida humana ha dejado de tener valor?

Y yo, con humildad pero con contun-

dencia, responderé, sí, la vida humana ha dejado de tener en todo el planeta —si es que alguna vez lo ha tenido—, el más mínimo valor en sí misma. En unas zonas del mundo por defecto, y en otras por exceso. Y es urgente abordar esta cuestión por cuanto de ella depende, en cierta manera, el futuro de la humanidad. Me explicaré.

En importantes zonas del planeta, empobrecidas, sacudidas por el hambre, la miseria, las tiranías de los gobiernos, las luchas y los enfrentamientos tribales o étnicos, la vida humana no tiene, no puede tener, ningún valor. Nacer o morir es indiferente. Cuando no hay nada, y cuando se dice nada, quiere decirse literalmente, nada, ¿qué se puede perder? ¿La vida? Y qué valor puede tener la vida si prácticamente no hay con qué mantenerla. Así,

unos deciden jugarse la vida para buscar un mundo mejor (los que emigran), otros deciden entregarla como una ofrenda por una causa que creen de orden divina, aunque esa causa sea terrible e infecunda. Y otros muchos, probablemente la mayoría, no hacen ni una cosa ni otra mientras sobreviven como pueden relativizando tanto el vivir como el morir. En este estado de cosas, qué puede importar la vida, propia o ajena.

En otras zonas del planeta donde a pesar de las dificultades de algunos, la mayoría vive en la abundancia (es absolutamente incomparable la posible escasez de algunos sectores de los países ricos con la absoluta indigencia de las mayorías de los países pobres), la vida humana también ha perdido su valor, pero por exceso. En estas

zonas el valor de la vida humana también se ha degradado, reducido al afán de posesión (de cosas, de bienes, de dinero, de prestigio). En el mundo rico se ha pasado al otro extremo: se persigue por encima de todo la seguridad, la juventud, el triunfo. La tiranía de *tener* por encima del ser. La adoración hacia el poder de la tecnología —que ha sustituido los valores humanos— enmascara hasta extremos patéticos la auténtica pequeñez humana. En los países ricos se vive de espaldas a la muerte; hacemos como si no existiera, y sustituimos ese vértigo con la acumulación: electrodomésticos, amores, seguros, bienes, conocimientos, dinero, cachivaches. El ejemplo paradigmático podría representarlo el terrible, devastador atentado contra el World Trade Center de Nueva York: todo el poder económico, político, militar, tecnológico, derrumbado en apenas dos horas ante la incredulidad del mundo. La creencia de invulnerabilidad está tan arraigada que la gente que rodeaba las Torres Gemelas ni siquiera después de ambos atentados intuía que podrían derrumbarse. Ni siquiera después de ver las torres ardiendo creyeron posible su derrumbe. Esto en el caso que nos ocupa, pero, en general, la ciudadanía de los países ricos *ha decidido* creer que la muerte no existe.

Pero la vida humana, la humilde, sencilla, frágil y vulnerable vida humana, tampoco tiene mucho valor en los países más favorecidos.

Por tanto, un principio universal que todos estamos olvidando, por razones diversas, y aun apuestas, es que la vida humana no tiene valor en ningún lugar del planeta.

Y en medio de esta realidad tan diferente por un lado (la abismal distancia entre países ricos y pobres), pero tan coincidente por el otro, (la desvalorización y el desprecio por la vida humana), encontramos que nos hemos visto desprovistos de ideologías

que nos hagan seguir creyendo en la posibilidad de un mundo mejor. El hundimiento de las ideologías comunistas, anarquistas, socialistas y todas aquellas que durante tanto tiempo alentaron la posibilidad de superación de la desigualdad social, han dejado paso al desamparo y al estupor. Desde ahora va a ser muy difícil volver a creer en la utopía. Pero dejar de creer en la utopía significa aceptar y asumir *que el mundo no podrá ser nunca mejor*. Y renunciar a esa creencia nos sitúa al borde del abismo: el ser humano es un lobo para otro lobo y cada uno debe velar por su propia vida en perenne alerta sobre los peligros que nos acechan. Terrible futuro el que nos aguarda.

Pero, por otra parte, esta dificultad, cuando no imposibilidad de creer en la utopía quizás nos ofrezca, justamente, los primeros elementos y la posibilidad de seguir luchando por ella.

Me explicaré. Quizás tener delante la evidencia de que *el mundo no va a ser mejor nunca* nos haga salir de ese ensueño irreal en el que nos gusta refugiarnos para eludir nuestra propia responsabilidad, la de todos y cada uno de nosotros en la consecución *aquí y ahora*, de una sociedad mejor, y no en la vaga promesa de que *alguien o algo*, algún día, consiga esa sociedad perfecta que nos gustaba imaginar.

Nadie, con un poco de sensatez e información, puede hoy creer en soluciones globales viables, en alternativas radicales al actual orden económico y social.

¿Qué podemos hacer? ¿Sucumbir a la desesperanza?

Esta sería, por tanto, el primer aspecto positivo de la situación actual, y el primer punto de esa *ideología para el futuro*: no va a haber sociedad perfecta si todos, todas y cada una de las personas que componen la sociedad, no trabajan y colaboran para que así sea. Se ha acabado el tiempo de decir *que lo hagan los demás*. Si cada uno no se

hace responsable de la parcela que le corresponde, difícilmente vamos a poder mejorar el mundo, ya de por sí difícil de mejorar. No hay soluciones mágicas. No hay un sujeto revolucionario ni una ideología colectiva que pueda seguir encarnando esa posibilidad de cambio. Esta es la primera evidencia.

Naturalmente, las personas individualmente no podemos implantar políticas en nuestros países, y mucho menos en el mundo, y el alcance de nuestras decisiones no se puede situar al mismo nivel que el de los gobiernos que nos representan y que en su conjunto conforman el mundo. Pero existen vías mediante las cuales nuestras decisiones pueden influir, ya sea actuando, ya sea reclamando una actuación. Es mucho lo que puede conseguir la sociedad civil si canaliza adecuadamente las energías con las que cuenta. Por tanto si antes partíamos de *la responsabilidad individual* como principio activo para el cambio, el segundo paso es definir la *responsabilidad colectiva* como posible vía para encauzar la primera.

LA GLOBALIZACIÓN INEVITABLE

Que el mundo se hace cada vez más pequeño, más interconectado, más interrelacionado entre sí no parece que pueda ser negado; que las comunicaciones cada vez son más instantáneas y simultáneas, que empresas y capitales cada vez tienen menos problemas para circular e instalarse, que las tecnologías y los medios de transporte permiten contactos impensables hace años, que los ciudadanos —no todos, pero sí muchos—, cada vez viajan más y más lejos, conocen más mundo, y, lo más importante, que cada vez es más difícil desconocer cómo viven o malviven los diferentes pueblos del planeta. Igual que los ciudadanos de los países ricos podemos ver cómo mueren de hambre los países pobres, también los países pobres pueden ver cómo derrochamos y despilfarramos los países ricos. Aunque con diferencias, las imágenes y la información recorren el mundo de punta a punta en tan sólo segundos.

Negar todo este proceso imparable e irreversible creo que es cómo querer poner puertas al campo. Sólo los muy empecinados o los muy ciegos pueden negarlo.

Poco a poco surge y se va a imponer la conciencia de pertenencia a “un solo mundo”, con sus diversidades y sus afinidades, sus lenguas y sus razas, sus religiones y sus costumbres diversificadas, sus luchas y sus contradicciones, pero cada vez se hace más difícil eludir la evidencia de que todos somos ciudadanos de un solo mundo, un mundo terriblemente mal repartido, un



PALLARÉS

¡Quién diría que dirige tres empresas desde aquí!

mundo fascinante y a la vez injusto.

Globalización es el término más sugerente y estimulante que se ha acuñado desde la caída del Muro de Berlín. Nada o muy poco se había dicho sobre él. Nadie se había abrogado su representación. Nadie tenía la exclusividad de su uso. Era un concepto nuevo que había que llenar de contenido.

Bajo mi punto de vista, el o los movimientos denominados "anti-globalización" han cometido o van a cometer uno de los mayores errores si continúan con la dinámica que han iniciado: dejar escapar de las manos liderar ese proceso inevitable que se ha dado en llamar *globalización*. En mi opinión, la globalización, hasta hace poco, estaba aún por definir, y en ningún caso era un sinónimo de imperialismo. Porque si de lo que se trataba era de combatir el imperialismo, no hacía falta una nueva palabra, ya existía esa que define muy bien el dominio de un o unos pueblos sobre otros. Pero nada había sido dicho hasta hace muy poco tiempo sobre el término *globalización*, que, a mi juicio, no significa lo mismo que imperialismo; de tal manera que los grupos que hoy se denominan "anti-globalización" creo que están dejando escapar la oportunidad de definir, dar sentido, liderar y ser los artífices de esa propuesta nueva de transformación social que el mundo está necesitando. Grupos pacifistas, feministas, ecologistas, grupos por la no-violencia, grupos de homosexuales, grupos a favor de la tolerancia y la igualdad y otros muchos, todos ellos comprometidos en la lucha por un mundo mejor. Todos ellos tienen legitimidad moral para haber optado por impulsar, definir y presentar al mundo un nuevo concepto y luchar por él, porque eran —son— grupos afines que coincidían en muchos de sus planteamientos.

Sin embargo, estos grupos, en lugar de aunar esfuerzos para reclamar y desarrollar un concepto de *globalización humanizada* e imponerlo como modelo para un nuevo orden social, se lo han dejado arrebatar y, de momento, en unas cuantas citas estratégicas, se han manifestado contrarios a este fenómeno. Paralelamente, el término está quedando reducido a su faceta económica, designando fundamentalmente la tendencia a conformar un mercado único de bienes y capitales, el libre comercio, la circulación de capitales, empresas, tecnologías e información.

Yo, como mujer que se ha considerado parte del movimiento feminista durante veinticinco años, quiero formar parte de un movimiento serio y responsable, que propone alternativas viables, que aboga por la colaboración y se compromete de forma activa en la construcción de una soledad mejor. En ese compromiso no tiene cabida la violencia arbitraria como forma sistemá-

tica de protesta, cuyo resultado es el desconcierto y el rechazo del resto de la sociedad. Estoy segura de que comparto con los movimientos anti-globalización muchos de sus planteamientos, pero no la manera en cómo los han manifestado hasta ahora. La queja de que son los medios de comunicación los que han *desdibujado intencionalmente* la imagen del movimiento anti-globalización sólo me parece una excusa pueril que oculta su dificultad para presentar sus propuestas y llegar a la sociedad.

Por tanto, mi concepto de globalización no sé si se corresponde con el que suelen entender los grupos que se manifiestan en su contra; pero tampoco coincide con la noción con que lo utiliza la ideología neoliberal: en mi opinión este concepto ha sufrido un despojamiento de sus aspectos social y humano. Cuando hablo de globalización, por tanto, entiendo este vocablo en toda su extensión: económica, social y política. ¡Qué paradoja más absurda denominar globalización sólo a un aspecto de la misma!

DELIMITACIÓN DE PRIORIDADES

Volviendo, por tanto, al principio de este texto, creo que la principal propuesta como ideología para el futuro es que todo se *reduce a revalorizar la vida humana en todo el planeta*. Llegar a un *programa* de mínimos compartido por todo el mundo: la vida humana es igual de frágil, igual de pequeña, igual de valiosa para el palestino, el afgano o el israelí; el camerunés o el colono blanco de Zimbabue, para el *broker* de Wall Street, y el policía de San Sebastián. Cada uno de nosotros sólo tiene *una vida, una sola y frágil vida en un único cuerpo vulnerable*.

Pero, naturalmente, conseguir este objetivo básico y fundamental no es nada fácil, dados los odios fraticidas y las muchas discrepancias sociales que nos aquejan y nos dividen. Aunque no dispongo de espacio para profundizar en cada uno de los siguientes aspectos, estoy convencida de que las prioridades para conseguir esta revalorización de la vida humana, teniendo como telón de fondo una sociedad globalizada en sus dimensiones económica, social y política, pasa por:

a) Reducción de la desigualdad social en el mundo: resultará imposible conseguir el respeto a la vida humana si una parte del mundo muere de inanición mientras la otra derrocha recursos limitados. Y no por una cuestión de compasión, sino de justicia.

b) Gestión racional y humana de los movimientos migratorios: los capitales y empresas no tienen necesidades especiales, pero las personas sí. Necesitan vivienda, educación, trabajo, manifestar su cultura,

etc. Los países deben adoptar acuerdos multilaterales para encauzar los movimientos migratorios, preparando tanto a los pueblos que emigran cuanto a los pueblos receptores. Este aspecto es crucial, ya que podría generarse un nuevo "esclavismo", tanto en el tráfico cuanto en la explotación laboral de personas inmigrantes.

c) Desarrollo de los países empobrecidos y co-responsabilidad del mundo rico para favorecerlo, con mecanismos de control para que la inversión y el desarrollo sean en beneficio de los pueblos, y no de sus dirigentes. Incluso aunque sólo fuese por egoísmo (aunque para mí es una cuestión de justicia) el mundo rico debería ser el primer interesado en el desarrollo de los países pobres, ya que de esta manera se mitigaría, quizás, la enorme presión que significarán los movimientos migratorios en los próximos lustros para las zonas favorecidas.

d) Políticas específicas contra la discriminación sexual: aunque existen múltiples formas de discriminación (raza, clase, edad, procedencia, lengua, etnia, etc.), se explicita la sexual porque es universal y está demostrado que la inversión en educación, salud y protección de las mujeres repercute en una mejora de toda la sociedad. Este aspecto es de primordial importancia en los países pobres, aunque sin olvidar que también hay desigualdad sexual en los países ricos.

e) Educación en el respeto, la tolerancia y la colaboración entre pueblos. Combatir la ignorancia, el desconocimiento, el miedo al diferente. Todas las culturas tienen aspectos positivos y negativos. Hay que hacer un esfuerzo educativo para transmitir el valor de la diversidad de culturas, y ser capaces de entender que todos tenemos derecho a nuestras señas de identidad.

f) Educación en valores, y no sólo en conocimientos: sobre todo en los países ricos, donde el "dios" de la tecnología ha sustituido al "dios" justiciero y temible en nombre del cual, lamentablemente, en otras zonas ofrendan la vida.

En definitiva, las líneas prioritarias para una ideología de futuro pasarían por *la revalorización de la vida humana en todo el planeta, la responsabilidad individual y colectiva en la construcción social y en el compromiso y corresponsabilidad de los países ricos de disminuir la desigualdad en el mundo*.

Creo que cualquier ideología que pretenda sustentar el mundo del futuro debe contemplar los diferentes aspectos relacionados en este texto. Estoy convencida de que si no se produce una revalorización de la vida humana en todo el mundo, que pasa por las prioridades señaladas, el planeta sólo puede empeorar hasta consumir el desastre. □